Domingo XXXI del Tiempo Ordinario (05-11-23)
Homilía de Monseñor Carlos Castillo
(Transcripción)

Hermanos y hermanas:

La alegría de volver a la Catedral después de este mes de haber caminado con el Señor por las calles, renovados en nuestra experiencia espiritual del Señor de los Milagros, como ciudad, como hermanos, el Señor, hoy día, nos dice con su Palabra que hemos de seguir un camino de fe testimonial que siempre vaya por el lado de la igualdad entre cristianos y la capacidad de vivir auténticamente nuestra fe; esta vez, en confrontación con un problema que tiene toda comunidad creyente y que, ya desde el Antiguo Testamento y mucho más también en el nuevo, se planteó como un problema grave.

Esta cuestión de que, en el caso de los escribas y fariseos en tiempos de Jesús (también de los sacerdotes en el tiempo del profeta Malaquías), constituían grupos que, como dice Jesús, imponían cargas pesadas sobre la gente, y ellos mismos no estaban dispuestos a cargar.

Hoy día, el Santo Padre, en la Plaza de San Pedro, ha dicho que esto también se refiere a todo aquel que, siendo responsable de una dirección, de una orientación, de una dirigencia, dentro de la Iglesia y también en cualquier oficina, en cualquier responsabilidad social, siempre pasa: la persona o personas que, en vez de servir, lo que hacen es servirse de la gente, servirse de los demás. Y es un llamado a nuestro pueblo a seguir este camino y no caer en la tentación de esa actitud separatista y esta actitud arrogante que, además, en el caso de la Iglesia, puede conducir al anti-testimonio y a la crisis de la fe de las personas, la crisis de credibilidad, mencionó el Santo Padre.

Vamos a meditar esto porque tiene muchas cosas interesantes para nosotros, y creo que el ejemplo de Juana La Rosa también nos puede servir; porque el camino que el Señor propone en alternativa al de la arrogancia de escribas y fariseos y de cualquier clericalismo - lo ha mencionado muy claramente, y cualquier machismo que existe - viene dicho preciosamente por San Pablo en su carta a los Tesalonicenses (29,7b-9.13):

"Nos portamos con delicadeza entre ustedes, como una madre que cuida con cariño a sus hijos. Los queríamos tanto que deseábamos entregarles no sólo el Evangelio de Dios, sino nuestras propias personas, porque se habían ganado nuestro amor". Así se portó Juanita, también.

Nosotros hemos experimentado en esta mujer (Juana La Rosa) la experiencia de su delicadeza, que nos tiene cariño, nos ha seguido, nos ha acompañado, nos enseñaba a cantar (a la mayoría de los aquí presentes). Y no solo eso, sino que, también, cuando se presentaba una ocasión, ella siempre elegía la música más adecuada, más fina. Y, a veces, nos "trompeábamos" porque nosotros estábamos en toda la renovación litúrgica y había muchas canciones populares que eran muy importantes que aprendamos a cantar (porque muchos no tienen acceso a este canto más sinfónico, más armonioso y difícil, que es el canto clásico).

Llegamos al final a un acuerdo y, entonces, combinábamos un santo en latín junto con un Gloria de Giombini, que era el canto de los jóvenes, cantado con una hermosura extraordinaria. Y ella trataba de componer las canciones de tal manera que puedan hacerse medio clásicas y medio populares, también.

En realidad, hermanos y hermanas, eso que sucede en la música que, a veces, hay músicas especiales (como ahora que hemos estado en silencio mucho rato, porque escuchamos), es

una cosa muy linda, la necesitamos también para poder modificar nuestra propia manera de sentir. La música fina ayuda a sacar de nosotros las cosas más profundas que están en el corazón. Los músicos, lo que hacen siempre, es expresar lo más hondo. Es verdad que algunos músicos han expresado cosas terribles que tenemos dentro también y las han puesto en música. Por eso uno sale atormentado, a veces, de escuchar ciertos conciertos que son tocados técnicamente muy bien, pero sale uno estremecido.

Uno escucha a Wagner y no duerme toda la noche, pero, también, uno escucha a Mozart y sale ennoblecido. Todos conocemos las canciones de Mozart sin saber su nombre, todos cantamos y decimos. Y así cantamos también las cosas de nuestro pueblo, las cosas que nuestros compositores de aquí, alrededor, en el Rímac, en Barrios altos, han hecho (como hemos cantado el día de la procesión).

Quisiera, por eso, que pensemos en que nuestra labor como cristianos, como Iglesia, no solamente la de los sacerdotes, la de todo el Pueblo de Dios, es la de seguir este camino de la delicadeza y de la capacidad de sintetizar unos con otros las cosas que decimos. Acabamos de terminar el primer capítulo de la primera Sesión del Sínodo de la Sinodalidad. Y el Papa habla siempre de que tenemos que avanzar hacia una Iglesia que genere armonía, en donde todos tocamos distintos instrumentos, venimos de distintos pueblos, somos diferentes, pero la cosa fundamental es cómo se armoniza todo, de tal manera que se hace la vida llevadera y pacífica.

Y esa es una tarea fundamental cristiana. Es nuestra tarea fundamental porque nosotros no estamos para solucionar los problemas sociales, políticos y económicos; no estamos tampoco para solucionar todos los problemas que existen en el

mundo, pero sí seguir la médula de la solución de los problemas, que es educar y acompañar con cariño a nuestra humanidad en donde puede uno cambiar muchas cosas. A uno lo pueden haber encasillado ciertos profesores tirándoles un libro en la cabeza; a otros les enseñaron a ser muy disciplinados en su vida y a no decir nada (entonces, la persona nunca se expresó). Pero cuando educamos la humanidad, cuando alguien como Juanita nos toca la vida (y así tenemos que ser todos discípulos misioneros), e incentivamos el amor con delicadeza, la persona que está abajo de toda esa estructura, de todo ese andamiaje de fariseo y escriba, empieza a salir.

La experiencia, entonces, genera nuevos conceptos, nuevas maneras, nuevos estilos. Por eso, dice el Señor: *"Hagan ustedes lo que ellos les dicen* [la doctrina], *pero no vivan como ellos. No los escuchen en ese punto, no los imiten".* Y eso lo ha dicho muy bellamente el Santo Padre en estos días en el último discurso antes de terminar el Sínodo, en donde se refirió, justamente, a que cuando nosotros, para el futuro, tenemos cuestiones importantes que saber sobre qué hacer, cómo llevar adelante la vida de nuestro pueblo con ideas claras, recurramos al Magisterio de la Iglesia, porque el Magisterio ha mantenido el sentir de la Iglesia y las ideas de la Iglesia durante siglos, que son siempre: Dios es comunidad, es uno y trino; Dios está en todas partes en el cielo, en la tierra y en todo lugar. Todo eso lo hemos aprendido en el Catecismo, pero eso no soluciona todo.

En cosas de la verdad, hay que escuchar al Magisterio. Y dice el Papa que, en cosas del cómo vamos a vivir la vida cristiana, debemos escuchar al santo Pueblo de Dios; es decir, a todos ustedes, a todos nosotros como pueblo, porque allí, en la vida del pueblo, la experiencia brota sencilla y aprende uno muchas cosas.

La experiencia de ustedes con Juanita los ha marcado tanto que no necesitan mucha doctrina, porque brota del trato, de la síntesis de amor. Evidentemente, si hay alguna duda sobre la música, se le consulta aquí a Willy para ver si la nota está bien o no. Pero así es la vida.

La vida no es doctrina, la vida es una experiencia viva en donde el Espíritu Santo se manifiesta y el santo Pueblo de Dios no se equivoca - dice el Papa - en la forma de vivir la fe, en el corazón más hondo de lo que vive siempre un pueblo, es infalible su fe. Y esa infalibilidad es, evidentemente, dentro de una cierta flexibilidad, cosas fundamentales y principios, orientaciones que las personas tienen vividos, que son un reflejo vivo de cómo son ejemplares, suscitan e inspiran nuestras vidas.

Por eso, vamos a pedirle al Señor, hoy día, que nos dé la capacidad de esforzarnos por tener claras las cosas, pero saber que muchas cosas en la vida se aprenden ayudándonos, no poniéndonos cargas que no podemos cargar. Y, sobre todo, lo más importante: no caer en la apariencia, porque quien tiene apariencia de bueno y no lo es, siempre trata de esconderse detrás de muchas cosas.

El Papa dijo, hace poco, que está horrorizado de los seminaristas y de los curas que están en las sastrerías romanas buscando los bobos, los encajes, los fustanes para poder dar impresiones que no tienen nada que ver con la fe cristiana. Nos

hemos educado mucho más en los estilos pomposos y no sencillos. En cambio, la fe del pueblo sencillo, la fe de la abuelita, ¿qué pompa tiene?, tiene la sencillez de una madre, y la sencillez de una Juanita.

Por eso, hermanos y hermanas, en este día, dejémonos inspirar por ese ejemplo de una mujer concreta, sencilla, “chiquita”, también. Yo la vi una semana antes de que muriera, nos dimos un abrazo ahí en el tontódromo de la Católica. Y siempre la vamos a recordar porque es algo así como una “prenda” de nuestra alma, un broche de oro de nuestra vida.

Muchísimas gracias por haber venido y por haberles ocurrido esta ocasión de podernos compartir, especialmente, en este domingo que el Señor nos enseña a ser sacerdotes, sacerdotes del Señor, capaces de dar la vida, sacrificar la vida por los demás como lo ha hecho ella.

Que Dios bendiga a todos y nos llene de alegría y esperanza en este día.

Amén